



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Irán: guerra, geopolítica e inteligencia artificial

Jesús Argumosa Pila

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Futuro de las Operaciones Militares

23 de abril de 2026

En el momento en que se escriben estas líneas, 23 de abril, se han estancado las negociaciones entre Estados Unidos e Irán que estaba previsto que se celebraran antes del final de la tregua que finalizaba ayer, 22 de abril. En su lugar, el presidente estadounidense, Donald Trump, ha ampliado el alto el fuego hasta que ambos países lleguen a unas nuevas negociaciones para alcanzar un acuerdo de paz. En este momento, se ha cerrado de nuevo el estrecho de Ormuz por parte de Teherán en respuesta al bloqueo naval estadounidense.

Al mismo tiempo, Israel mantiene sus bombardeos en el sur del Líbano, pese al alto el fuego vigente. El Ejército israelí está realizando operaciones militares que califica de «defensivas» para proteger a sus tropas desplegadas en territorio libanés, pero que causan cada día víctimas civiles.

Lo cierto es que la seguridad regional en Oriente Medio se ha resquebrajado originando una profunda inestabilidad internacional al mismo tiempo que nos encontramos con un desorden mundial de impredecibles consecuencias. Es demasiado pronto para saber si las previsibles negociaciones en Pakistán conducirán a un tratado de paz en el que Irán abra el estrecho de Ormuz y abandone su programa nuclear a cambio de que Estados Unidos levante las sanciones al país persa y garantice que no volverá a atacar a Irán. En otro caso, si

las conversaciones fracasan y la guerra se reinicia, ambos países saldrán perdiendo.



Irán es un país amplio y montañoso en el que gran parte de su infraestructura militar está enterrada en cuevas y búnkeres. Cualquier plan serio y riguroso que pretenda destruir las ambiciones nucleares de Irán o derrocar su régimen teocrático llega a la misma conclusión: que la victoria requiere el empleo de las fuerzas terrestres -botas en el terreno- y que ocasionará muchas víctimas civiles y militares. Y esto lo sabe Washington por lo que está descartada la invasión a gran escala de Irán.

Estados Unidos no puede mantener permanentemente sus tropas desplegadas para atacar a Irán, con independencia de que Trump tiene prisa por terminar la guerra como consecuencia de que algo más del 65% de la sociedad estadounidense está en contra de la guerra y de que las elecciones de medio mandato de noviembre están muy próximas.

Por otro lado, la guerra puede haber agravado la amenaza nuclear. Estados Unidos e Israel produjeron mucho daño en la infraestructura militar y científica iraní, pero los cerca de 450 kg de uranio enriquecido al 60% -suficiente para fabricar 10 bombas atómicas- están todavía enterradas en silos nucleares. Aunque Trump pretende que Irán entregue su llamado «polvo nuclear», el incentivo en la región para liderar la proliferación nuclear ha aumentado.

Carl von Clausewitz, en su obra *De la guerra*, publicada en los primeros años del siglo XIX, definía a la guerra como «el acto de fuerza para someter al enemigo a

nuestra voluntad». El medio era el acto de fuerza y el fin someter al enemigo a nuestra voluntad. Sin embargo, dos siglos después, el concepto «acto de fuerza» ha cambiado sustancialmente. En aquellos años, el acto de fuerza era, fundamentalmente, la potencia militar, la masa de maniobra de las fuerzas militares. Hoy, el acto de fuerza, el medio, es mucho más amplio, profundo y complejo ya que abarca no solamente a las fuerzas militares sino también a otros actores como la economía, la cibernética, la tecnología disruptiva o a la situación estratégica internacional, especialmente sustentada en el equilibrio de las relaciones de poder, entre otros elementos. La otra definición de la guerra del pensador alemán, con un contenido más filosófico, era que «la guerra era la continuación de la política con otros medios».

En cuanto al fin, en la época de Napoleón era obligar al enemigo a someterse a nuestra voluntad, destrozando sus fuerzas militares y ocupando su territorio al mismo tiempo que el adversario quedaba bajo la autoridad ineludible del vencedor. En el momento actual, ya no se destruye o se aniquila el enemigo, sino que es suficiente con que cumpla con los criterios, políticos, económicos o diplomáticos, entre otros, implantados por el vencedor, que despliega normalmente algún contingente militar en su territorio.

En el campo filosófico, y a modo de penetrar más profundamente en el fenómeno guerra, conviene analizar la teoría de Michel Foucault, que apareció en el siglo XX, la llamada *inversión de las tesis de Clausewitz* cuando señala que «La política es la guerra continuada por otros medios» y que «El derecho es una cierta manera de continuar la guerra». Son dos afirmaciones que el filósofo y sociólogo francés desarrolló a propósito de la política y el derecho, apoyándose e invirtiendo la famosa frase de Clausewitz: «La guerra es la continuación de la política por otros medios».

La guerra, la política y el derecho son tres nociones que se encuentran inscritas dentro de las relaciones de poder, y es dentro de ellas que adquieren un estatuto que les permite actuar. Para Foucault el poder político surgido de la guerra tiene la función de mantener la relación de fuerza que se daba durante la última batalla, es decir, que la acción de la política es la de sostener las relaciones de poder y dominación que se daban en la guerra y que conducen a la posibilidad de que la política sustituya a la guerra, con la condición de perpetuar, por lo menos hasta cuando sea posible, las mismas ventajas que se adquirieron durante el conflicto.

El derecho que es autárquico y se genera a sí mismo, se convierte en el instrumento necesario de la política debido a que allí donde la política no puede por sí sola sostener y reproducir las relaciones de dominación que se han pactado, de manera explícita o tácita, el derecho interviene para restablecer el orden, sancionando y

castigando cualquier acción o conducta que haya buscado modificar las relaciones establecidas, las cuales, además, son vistas como normalizadoras por corresponder a un orden de estabilidad social y por haber surgido en el momento del cese de hostilidades.

En otro momento, afirma Foucault:

La inversión de la frase de Clausewitz quiere decir también que, dentro de la paz civil, o sea, en un sistema político, las luchas políticas, los enfrentamientos relativos al poder, con el poder, para el poder, las modificaciones de las relaciones de fuerza (con las relativas consolidaciones y fortalecimientos de las partes) deberían ser interpretados sólo con la continuación de la guerra.

Por último, es difícil asumir que la decisión definitiva sólo puede venir de la guerra, es decir, de una prueba de fuerzas en la cual, finalmente, sólo las armas deberán ser los jueces. La última batalla sería el fin de la política, es decir, sólo la última batalla suspendería el ejercicio del poder como guerra continua. Es decir, esta tercera consecuencia nos muestra de qué modo la política es otra forma de hacer la guerra. Sería el fin de la política y con ella el fin de la libertad.

Nos quedamos aquí para en otra ocasión abordar, con más amplitud y profundidad, el concepto de guerra como fenómeno social, teológico y filosófico que se debe encauzar debidamente para analizar y escudriñar su evolución a través de los nuevos caminos por los que andará en el devenir de los próximos años.

Las operaciones en el ciberespacio, en el espacio ultraterrestre y en el ámbito cognitivo, junto con la utilización de tecnologías emergentes y disruptivas como la robótica, la inteligencia artificial (IA), la computación cuántica, el 5G y el manejo masivo de datos no cambian la naturaleza de la guerra, pero ya están mudando las formas, los procedimientos y los medios a emplear. En particular, en el entorno geoestratégico, la IA constituye un elemento de poder fundamental, junto con la economía, el sector militar y la capacidad de relaciones del gobierno como veremos más adelante.

Como se ha mencionado más arriba, ha de tenerse también en cuenta el mayor papel de ciertos actores no estatales, al margen de las leyes y usos internacionales, que han ido cubriendo los vacíos estratégicos dejados por la no utilización, o limitación, del instrumento militar. De este modo, muchos de los conflictos recientes y actuales presentan como actores protagonistas a entidades tales como milicias tribales, narcoguerrillas, grupos terroristas o compañías militares privadas o de seguridad.



En este entorno de la evolución de la guerra situado en el umbral de una nueva era geopolítica, se puede afirmar que nos encontramos en un equilibrio inestable, materializado por un conflicto constante, ininterrumpido y determinado en gran parte por la tecnología, en el que predominan los periodos de baja intensidad habituales en la zona gris, pero en el que se pueden alcanzar picos de alta intensidad y letalidad, donde convergen con un protagonismo cada vez mayor del entorno urbano y de operaciones encubiertas.

Es cierto que esta guerra es un éxito operacional pero también es verdad que constituye un gran fracaso estratégico. Si Trump deja a Irán controlando el estrecho de Ormuz donde el régimen persa exija un canon por cada barco, ya sea de aliados estadounidenses o de otros países, habrá retrocedido significativamente la economía global, debilitado a Estados Unidos y reforzado a Irán.

Irán conforma hoy uno de los puntos más peligrosos y sensibles del sistema de seguridad internacional, donde se cruzan la guerra, la geopolítica y la Inteligencia Artificial de forma cada vez más evidente. La IA es uno de los elementos centrales en esta guerra. Muchos analistas, de hecho, ya la consideran como la primera guerra a gran escala dirigida por la IA. También se la denomina la primera guerra algorítmica.

El futuro orden multipolar, que ya es inevitable, aún se encuentra en sus inicios puesto que la geopolítica global sigue descansando en un modelo *bipolar dual* dominada por dos polos, cada uno de ellos con dos centros de poder, a saber, el polo democrático, liderado por Estados Unidos y la Unión Europea, y el polo autoritario encabezado por China y Rusia, que podrían fomentar el activismo de las potencias medianas o limitar las iniciativas multilaterales.

En la situación internacional actual, caracterizada por la volatilidad, la incertidumbre, la complejidad y la ambigüedad (VUCA), el futuro del gran dilema geopolítico (Se entiende por «gran dilema geopolítico» una potencial situación de conflicto o crisis en una zona o área estratégica regional cuya solución o destino definitivo tiene una fuerte repercusión en la arquitectura de seguridad internacional capaz de influir poderosamente en la nueva era geopolítica que se avecina) de Oriente Medio es incierto, toda vez que el resultado de la guerra aún no se ha decidido claramente de qué lado se va a decantar, del lado del mundo democrático liderado por Estados Unidos y la Unión Europea o del lado del mundo autoritario encabezado por China y Rusia.

Todo ello tendría una estrecha interconexión con el resultado de la guerra en Ucrania en la que el apoyo de Estados Unidos en armamento, a través del previo pago por la Unión Europea, será fundamental. Si el final del conflicto del gran dilema geopolítico del *Intermarium* -a grandes rasgos constituido por el istmo que se extiende del mar Báltico al mar Negro- es favorable a Rusia, Europa quedará debilitada y vulnerable política, militar y tecnológicamente, con el riesgo de que esta fragilidad se extienda al mundo occidental.

Hay que tener en cuenta que, si el futuro de ambos grandes dilemas geopolíticos se inclina hacia el lado del mundo autoritario, el nuevo orden mundial que se aproxima se regirá por las reglas y criterios que implante el bloque revisionista, integrado, fundamentalmente, por China, Rusia, Irán y Corea del Norte que transformarán profundamente el panorama geopolítico internacional

En este marco geopolítico es preciso tener en cuenta la llamada «Doctrina Carney» basada en el discurso que el primer ministro canadiense impartió el 20 de enero de 2025, en el Foro Económico de Davos en el que se destaca el siguiente párrafo:

Hoy hablaré sobre la ruptura del orden mundial, el fin de una bonita historia y el comienzo de una realidad brutal donde la geopolítica entre las grandes potencias no está sujeta a ninguna restricción (..) Durante décadas países como Canadá prosperaron bajo lo que llamábamos el orden internacional basado en normas (..) Gracias a ello, pudimos aplicar políticas exteriores basadas en valores bajo su protección (..) Este acuerdo ya no funciona. Permítanme ser directo: estamos en medio de una rotura, no de una transición.

La cuestión para las potencias medias como Canadá, no es si nos adaptamos a la nueva realidad -que debemos hacerlo-, sino si nos adaptamos simplemente levantando muros más altos o si podemos emprender algo más ambicioso (..) Nuestro nuevo enfoque se basa en lo que Alexander Stubb, presidente finlandés, ha denominado «realismo basado en valores»; o, dicho de otro modo, aspiramos a ser pragmáticos y a actuar con principios.

Para ser razonable, las potencias medias actuales son un grupo heterogéneo y sus intereses específicos, valores contrapuestos y visiones distintas del mundo con frecuencia limitarán su solidaridad y entusiasmo por los proyectos conjuntos. Soy consciente de que aún no se está en plenas condiciones de anticipar un frente unido, coherente y eficiente de potencias medias que tenga un peso estratégico propio en el actual entorno de seguridad global.

Pero sí se pueden anticipar algunos pasos. Acompañando a los cuatro actores principales citados anteriormente, se encuentran un conjunto de potencias medias, muchas de ellas consideradas emergentes, todas ellas con una población cercana a los 100 millones de habitantes, cinco de ellas doblándola ampliamente, dos próximas a 1.400 y dos con algo más de 50. Todas ellas con un notable crecimiento en la última década. Las denominamos G19, encierran el 98% del poder nuclear mundial, algo más del 70% de la economía global y superan el 64% de la población del planeta. Junto con Estados Unidos, China, la UE y Rusia, están las quince siguientes: India, Japón, Bangladesh, Brasil, Corea del Sur, Egipto, Filipinas, Indonesia, Irán, México, Nigeria, Pakistán, Reino Unido, Turquía y Vietnam. El G19 constituye un activo geopolítico a considerar en estos años de desorden global.

Es decir, se han percibido dos concepciones diferentes de cómo se puede estructurar la nueva era geopolítica. Por un lado, la que está basada en los valores y principios de la democracia y, por otro, la que se sustenta en el autoritarismo, en la falta de libertad y en un orden represivo. En *román paladino*, se vislumbra una competencia geopolítica entre fuerzas geoestratégicas democráticas y fuerzas geoestratégicas autoritarias.

En el desarrollo de este camino de *bipolaridad dual*, aparecen los actores del G19, alineados en uno de los dos bloques o polos considerados. Después de los 4 principales que constituyen el núcleo del modelo -Estados Unidos, la Unión Europea, China y Rusia-, de los 15 restantes se contemplan, en una primera aproximación, dos en el lado autoritario -Irán y Vietnam- otros dos en una posición ambigua -Pakistán y Bangladesh- y los otros 11 -Brasil, Corea del Sur, Egipto, Filipinas, India, Indonesia, Japón, México, Nigeria, Reino Unido y Turquía- se postulan en el campo democrático. En esquema, quedarían 13 países insertados en el terreno democrático, 4 en el autoritario y 2 en una posición ambigua.

En este caso, parto de la base de que a pesar de la actual situación de falta de credibilidad internacional y de polarización interna de Estados Unidos con la presidencia de Donald Trump, el país del Misisipi volverá a ser el referente del mundo democrático. El poder estadounidense sigue siendo dominante pero ya no es hegemónico como lo fue en el modelo unipolar hasta la guerra de Georgia, en 2008. Para muchos países, la relación con Estados Unidos seguirá siendo el faro de su política exterior.

En cuanto al impacto de la IA en el nuevo tipo de guerra, tomando como apoyatura el desarrollo de la guerra en Irán -y también el de la guerra en Ucrania- no ha sido tan profundo y decisivo como se ha percibido desde algunos postulados de expertos en el sentido de que tendrían más efectos decisivos en la guerra del futuro. Es cierto que la tecnología de la IA está influyendo de forma importante en los nuevos escenarios bélicos, pero también es verdad que en la traza de la guerra que se avecina las maniobras y las operaciones de la guerra tradicional aún van a tener mucho «peso».

No olvidemos que, en la guerra en Ucrania, que ya dura más de cuatro años, también se han utilizado y se están utilizando en gran medida herramientas de la IA, ya sea en drones, misiles hipersónicos, robots, designación de objetivos, inteligencia de imágenes, ayuda y agilización de la toma de decisiones o la defensa antiaérea para combatir con eficacia al creciente número de vehículos presentes. Sin embargo, los métodos y tácticas de combate clásicos están llevándose a cabo actualmente en el frente ruso-ucraniano de forma habitual.

En el campo de batalla, la IA selecciona automáticamente objetivos ya que los sistemas de Inteligencia Artificial procesan enormes cantidades de datos - satélites, comunicaciones, sensores - y permiten identificar miles de objetivos en horas. En los primeros días del conflicto en Irán se atacaron 1000 objetivos en 24 horas gracias a la IA.

A pesar de todo el incremento de rapidez y precisión de la asistencia y ayuda que presta la IA al *targeting*, la guerra está mostrando que el mundo físico todavía está imponiendo importantes barreras a la victoria. La escala y dispersión de los drones iraníes son superiores a los que la IA puede hacer frente. Los misiles de corto alcance, especialmente los lanzados con lanzadores móviles pueden sobrevivir, incluso en un mundo de permanente inteligencia plena de los adversarios. Si los planeadores tuvieron alguna vez sueños de una victoria final debido a la guerra de control remoto, en Irán han despertado a una cruel realidad mucho más dura.

Brad Cooper, el comandante del Comando Central de Estados Unidos, quien está liderando la guerra contra Irán, manifestó el pasado 11 de marzo que las herramientas de IA pueden cambiar el «proceso de designación de objetivos»

donde se acostumbraba a tardar horas, y algunas veces días, para realizarlo en segundos. La precisión y rapidez con las que las fuerzas estadounidenses pueden encontrar y destruir enemigos con potencialmente menos bajas civiles constituye un importante avance en los aspectos esenciales de la guerra.

Antes de los bombardeos, Estados Unidos e Israel han usado elementos de guerra cibernética, principalmente la IA, para hackear sistemas iraníes, bloquear comunicaciones y cegar radares y sensores realizando operaciones que interrumpieron redes de mando y control iraníes provocando apagones digitales masivos. Esto ha permitido dejar ciego al enemigo y luego bombardear.

En propaganda y guerra psicológica, la IA no solo trata específicamente lo militar sino también la narrativa. Grupos pro-Irán usan la IA para crear memes, videos y campañas en inglés, con el objeto de influir en la opinión pública occidental. En el otro lado, Estados Unidos e Israel, emplean la IA para operaciones de información y hackeos de medios iraníes y emisión de mensajes políticos.

Por otro lado, Estados Unidos e Israel utilizan sistemas de herramientas en forma de «cerebro militar» tales como IA tipo *Project Haven* -análisis de inteligencia- o modelos avanzados para priorizar objetivos, calcular daños y sugerir ataques. Como primeras conclusiones, la guerra ha sido más rápida pero más arriesgada produciendo errores afectando a mayor número de civiles.

En inteligencia y vigilancia, la IA permite analizar patrones de movimiento de líderes, usar cámaras, teléfonos móviles y datos masivos para localizarlos, así como predecir comportamientos militares.

La IA consigue realizar una guerra más rápida pero menos controlada. El punto crítico alcanza ventajas como velocidad extrema, mayor precisión y coordinación masiva, aunque también puede producir riesgos y fallos graves: hasta el 40% de errores en algunos sistemas, ataques a civiles o decisiones automatizadas difíciles de supervisar. Un ejemplo real lo encontramos en bombardeos erróneos con víctimas civiles atribuidos a decisiones asistidas por la IA.

Se insiste en que la relación entre la IA, la geopolítica y el poder está evolucionando a una velocidad impresionante, y su intersección promete cambiar la forma en que las naciones interactúan entre sí, tanto a nivel económico como militar, social y cultural. En una visión futurista, podríamos estar ante un mundo donde la IA, en especial la IA generativa, redefine el equilibrio de poder global, introduzca nuevos actores en la escena internacional y provoque disrupciones en las estructuras de poder tradicionales

En definitiva, se está iniciando la gran transformación de la guerra puramente «humana» a la guerra «algorítmica». Este conflicto muestra un cambio histórico de consecuencias imprevisibles.

Antes	Ahora
decisiones humanas	decisiones asistidas por IA
ritmo lento	ritmo casi instantáneo
información limitada	big data + algoritmos
guerra física	guerra híbrida (ciber+Info+IA)

A modo de conclusiones, se expresan las consideraciones relacionadas a continuación derivadas de las operaciones que se han llevado a cabo en el conflicto en Irán enmarcadas en el teatro de la guerra de Oriente Medio.

Irán conforma hoy uno de los puntos más peligrosos y sensibles del sistema de seguridad internacional, donde se cruzan la guerra, la geopolítica y la Inteligencia Artificial de forma cada vez más evidente. El impacto de la guerra en Irán no solo ha roto el equilibrio estratégico en Oriente Medio, sino que también fractura la actual arquitectura de seguridad global, obligando a rediseñar una nueva industria de defensa con modernas capacidades militares al mismo tiempo que acelera el camino hacia un nuevo orden multipolar.

La República Islámica de Irán es descendiente del viejo imperio persa que duró desde el 550 a. C. hasta el 331 a. C. Sus actuales gobernantes son maestros en el mundo de los tratados y negociaciones internacionales. Saben manejar el entorno geopolítico y estratégico en tiempos de inestabilidad y de conflicto marcando los tiempos y las pausas de forma magistral.

El desarrollo y empleo en la guerra de nuevas tecnologías es consustancial con la profesión militar. A lo largo de la historia militar, la innovación tecnológica ha sido una parte fundamental en la evolución de los hechos guerreros en la que los soldados han tenido que aprender a manejar modernos inventos tecnológicos. En este sentido, la integración de la IA en el arte de la guerra no es nada nuevo para el profesional militar. Otra cosa será el poder que se adquiera con esta nueva tecnología disruptiva.

Existe una estrecha y profunda relación entre inteligencia artificial, la geopolítica y el poder. El uso de la IA como herramienta de poder proporciona a los países que lideran esta tecnología ventajas estratégicas superiores en espionaje,

ciberseguridad y economía basada en datos. Asimismo, la posibilidad de controlar las infraestructuras digitales como chips, redes o plataformas aumenta fuertemente la influencia y el poder de los actores estratégicos.

En líneas generales, la IA está influyendo en la guerra en Irán en cuatro niveles fundamentales: a) la decisión de objetivos y la aceleración de los ataques a llevar a cabo; b) preparación del ambiente y del terreno para los ciberataques; c) sustancial mejora de la inteligencia y de la vigilancia; y d) control de la narrativa global.

La IA está revolucionando las operaciones al proporcionar capacidades avanzadas para analizar grandes cantidades de datos, identificar patrones de conducta y tomar decisiones apoyadas en una información consolidada y contrastada. En el campo del análisis de datos, la IA, por un lado, puede analizar imágenes satelitales y de drones para identificar objetivos y detectar cambios en el entorno. Por otro lado, puede analizar señales de comunicaciones y otros datos de inteligencia para identificar patrones y tendencias.

Desde el punto de vista geopolítico, la IA tendrá un fuerte impacto en la guerra del futuro. Con la disposición de sistemas de armas autónomas, muchas de ellas de carácter mortal, se puede mudar la naturaleza y los procedimientos de las operaciones militares, posibilitando a los países librar guerras más precisas y con mayor letalidad, a grandes distancias y eliminando bajas propias, de impredecibles consecuencias para la seguridad internacional.

Tal como está el desarrollo de la guerra, Trump necesita política y estratégicamente un acuerdo con Irán, aunque sea de mínimos, y además a la mayor brevedad. No hay duda de que el tiempo juega a favor de Irán. El régimen iraní se apoya en una estrategia sosegada y paciente en tanto que Estados Unidos tiene prisa. Y eso Irán lo sabe. La prisa siempre ha sido una vulnerabilidad en cualquier negociación. Lo más razonable para Trump es encontrar una salida en la que los éxitos operacionales alcanzados se traduzcan en logros políticos y estratégicos que permitan garantizar los intereses estadounidenses.

Es cierto que la naturaleza de la guerra aún no está cambiando, pero también es verdad que sí lo está haciendo la estrategia militar, el arte operacional y el horizonte táctico toda vez que las nuevas tecnologías disruptivas y las nuevas dimensiones de actuación de las fuerzas militares como son el ámbito espacial o el cognitivo introducen la necesidad de un cambio de mentalidad en el entorno bélico que obliga a innovar y encontrar nuevas formas de operar con la nueva era de la geopolítica holística.

Para que la guerra termine enarbolando la bandera de la victoria estadounidense de consolación, el presidente Trump necesita conseguir al menos dos objetivos: la total apertura internacional de Ormuz y la salida del país del llamado «polvo nuclear» enriquecido. Los demás objetivos que se habían planeado como el cambio de régimen, el apoyo a los *proxis* o la eliminación de la producción de misiles de crucero, balísticos e hipersónicos quedarían sin conseguir.

Si las negociaciones concluyen con Irán controlando el estrecho de Ormuz o manteniendo las reservas de uranio enriquecido al 60%, la guerra habrá conseguido importantes resultados en el nivel operacional, pero habrá fracasado en el horizonte estratégico. Persistirá la amenaza nuclear y la región de Oriente Medio seguirá siendo un potencial escenario bélico inestable que afectará peligrosamente a la seguridad y estabilidad mundial. En este caso, China quedaría muy favorecida por tener mejor acceso al petróleo iraní mientras Rusia podría aumentar sus relaciones con los países del Golfo.

Desde el nivel geopolítico-estratégico de la seguridad internacional no se puede permitir que Irán cobre un peaje en Ormuz que serviría no solamente para financiar los costes de su Guardia Revolucionaria y de sus fuerzas armadas sino también para producir más drones y misiles o seguir apoyando a los grupos *proxis*, lo que supondría volver a nuevos frentes y perturbaciones que afectarían, de nuevo, tanto a Israel como a los países del Golfo aliados de Estados Unidos.

A mayor abundamiento, si esto fuera así, el régimen tendría más poder que antes de la ofensiva estadounidense e israelí y el país persa se convertiría en el líder geopolítico regional perjudicando la libertad de navegación en las aguas de Oriente Medio, desgarrando el comercio mundial y, en definitiva, rompiendo la arquitectura de seguridad global.

El presidente Trump será un buen empresario y dominará perfectamente los acuerdos y tratados comerciales, pero en el campo de la geopolítica del poder y de las relaciones bilaterales e internacionales aún tiene mucho que aprender. Sus continuos bandazos y contradicciones le hacen perder toda credibilidad. Por eso las actuales autoridades iraníes -mucho más radicales que las derrocadas- mejor preparadas para moverse en el terreno de la geopolítica y de la guerra y moviéndose en un ambiente de supervivencia, han aguantado y no han ido a las previstas negociaciones en Pakistán.

Para ser realista, la encrucijada que se le presenta a Estados Unidos en el final de la guerra no tiene fácil solución en una situación en que Irán domina el tiempo. Así como en los asuntos de Panamá, Canadá, Groenlandia, en Gaza o en Venezuela, Trump pudo salir airoso, en este conflicto no está nada claro que pueda salir con la consecución de los objetivos mínimos mencionados más arriba.

En virtud de lo expuesto, y teniendo en cuenta que los actuales mandos iraníes con más protagonismo son más radicales, más jóvenes, muy vinculados a la Guardia Revolucionaria y con un gran compromiso ideológico, las negociaciones se vislumbran muy complicadas. De las dos posibles opciones que se han presentado, si Estados Unidos consiguiera en las previsibles negociaciones los dos objetivos mínimos indicados, aunque concediera algunas bazas en compensación, salvaría la cara ante su pueblo y ante la comunidad internacional. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026